

mozas se hallan lavando; el agua no está clara; el agua está maculada y, oncosa y revuelta, finge ajorcas en los brazos morenos. Al llegar los visitantes, hay un poco de expectación en las mozas, que han cesado en su albórbola; no dura esto mucho tiempo—¿podrán en un grupo juvenil faltar prolongadamente la parla, las risas, las chanzas?—, y, al poco, la comunicabilidad de unas y otros, hace común la conversación. El vate—ya lo hemos dicho—, generoso, pródigo de su arte, recita abundantemente. Y aquí, en el huerto, una vez más, graciosamente, lo hace. Lo hace Chamizo con esa entrañable entonación que podía poner en «El Noviajo», en «La Nacencia», difundiendo por el espíritu absorto de estas mujeres de anchos «ojos negros de mirás mu tristes», la intensa, la profunda emoción de su poesía, hecha expresivo trasunto en un manso fluir que humedece y abrillanta las pupilas femeninas.

Se habla en Extremadura un lenguaje de fonética especial que tiene, unas veces, expresiones ásperas, recias, y otras, suaves, tiernas. Escritos en este lenguaje están los versos de Chamizo; es pues, su poesía, regional. Los doctos admiten, unos, la poesía regional como modalidad poética en que puede darse, sutilmente, la belleza; otros, la invalidad. Juan Maragall, en su Prólogo a las poesías «Extremeñas» de Gabriel y Galán, rompe lanzas por ella, y nos dice que «el poeta va a la vivacidad de los campos, a la boca del pueblo, a su dialecto, rural o ciudadano, porque la vivacidad de éste es la condición de la verdadera poesía, de la palabra palpitante de sentido...» Y Chamizo hizo, precisamente, esto: descendió a la fuente clara, espontánea, del hablar del pueblo extremeño, y escribió sus estrofas; estrofas sencillas que cuentan lo amargo, lo alegre, lo dulce y bello de la vida con esa trascendente emoción que causan las cosas hondamente sentidas.

...El tren retumba y traquetea; la ventanilla enmarca un paisaje multiforme, variado; en la mano, para solaz de las largas horas de viaje, llevamos un libro de versos de Luis Chamizo. Nosotros, unas veces, leemos, y otras, miramos o meditamos. Vemos y sentimos, pues, en estos momentos, a Extremadura. Se divisa una vasta extensión de terreno llano con leves ondulaciones y lomas suaves como turgencias núbiles; tierras labrantías, grises, ocres, rojizas, cubiertas, en las épocas jugosas, de verdes tapices que juegan a merse ondeantes, como olas marinas, y de polígonos claros, amarillentos, obrizos, con tonalidades de viejas urdimbres aéreas, cuando la alquimia natural de las calorías solares ha sazonado la mies. En los suaves alcores y en las hondonadas de extendidas dehesas, el bronco verdor de las encinas y alcornoques urde un profuso bosque. Una yunta de mulas, con paso lento y firme, al caminar, deja tras sí la huella fresca y profunda de unos surcos que parten rectos, alargados, simétricos; en un cabezo álzase la cónica silueta pajiza de unos chozos a la vera de un redil, y cerca, discurrendo menguado por el terreno grisáceo cubierto de fino pasto, un regato lleva—lo adivinamos—la tierna y olorosa escolta de berros y poleo. Habrá aquí, cuando se pierda el estrépito del tren, un silencio profundo.

solemne, quebrado acaso por el dulce dolondón de unos cencerros. Acá y allá, en espaciados trechos, véanse los blancos cortijos moteando albos el área de los campos, y a lo lejos, siempre a lo lejos, alargándose como una tenue pincelada azulena en la línea del horizonte, se columbra la silueta de unas sierras. De tiempo en tiempo, separados por luengas distancias, se extienden unos pardos y anchos pueblos. El cielo, sin nubes, azul, radiante, ofrece una visión inmensa, inacabable. He ahí la Extremadura, seria, fosca, terrosa y noble que Luis Chamizo captó.

FERNANDO PEREZ MARQUES

LOS PESEBRES DE LA VIDA

Ser un botón en el ojal de la aurora,
ser un hecho en el tobogán del Domingo
fatigado de zapatos y oficinas cerradas;
en las perchas de los cafés donde las gabardinas suspiran, por la lluvia,
en las glándulas esenciales para la continuación de la ceniza
vomitando crepúsculos con olor a mariscos podridos
o llorando lagrimones de mocos sin narices.

Ser en la linfa de los carros cargados de violetas
y en los trenes de sangre coagulada
por las ortigas, los arrecifes y la flema;
ser en los cadáveres comidos y los desperdicios arrojados
a la sombra triste de los hedores amarillos,
ser de barro y gusanos y lo demás mentira como un pozo cegado.

A veces he visto manos como un alba,
manos comidas por lunas invisibles
con antenas de cangrejos y bocas de pianos,
narices como plumas que no saben oler las estrellas
y margaritas despreciadas por ángeles de yeso.

Pero nunca he tirado la vida,
sé que tiene la belleza de un huevo podrido
y es inútil como un peine sin púas.

sé que existen los violines, las gargantas y los surtidores
y que en los espejos acostados vive la blancura de los cisnes,
pero aunque sé todo esto
no quiero cabalgar los caballos del humo
ni le doy a los niños caramelos azules
para engañar sus llantos y diarreas;
no, no puedo comprometer mi frente de aluminio
ni tampoco rezar por las esterqueras
y decir que los pantanos son cielos apropiados
para llegar a una lágrima de sangre.

Y he dicho que no creo en un mundo de volcanes y piojos,
de rosas partidas por los dientes de mujeres afiladas
y cabezas de niños ametralladas por alfileres de uranio;
nó, no quiero creer en los crepúsculos con labios de mujer,
ni en el alba como una pescadilla degollada,
ni en los árboles con el tono de las cancelas,
ni en la lluvia como un surtidor boca abajo;
no puedo creer en las estampas con orlas de merengue
y por eso compadezco a esos pobres que versifican
con el asqueroso diccionario delante de sus cabezas obstruidas
por una infección de momias y palabras masticadas,
palabras digeridas, ensalivadas y vueltas a masticar;
vomitadas en los dedos que sirven para contar las sílabas
y encerrar el sentimiento en la frialdad de los números;
en esas arpas de lata que calumnian el Arte
y quieren enterrar la POESIA en féretros de plomo.

Y sé que existen las tarjetas postales y los trajes de comunión
y por culpa de las babosas que engendra la miseria
esas mujeres con faldas largas y miradas de vidrio
y ese niño como un pájaro tísico
corriendo en el jardín detrás de su hermanita;
ese niño malogrado por sombras de camellos
que amasado en un grito de bestias
conoce los pesebres de la vida.

MANUEL PACHECO

LA SEÑORITA ADELA

(CUENTO)

«No sé cómo puede vivir quien no lleve a flor
de alma los recuerdos de su niñez». UNAMUNO.
Andanzas y visiones españolas.

MI hermano Felipe entró en la habitación pálido y presuroso: al
verme por los suelos jugueteando con un saltamontes, se de-
tuvo y me preguntó angustiada:

—¿Sabes quién se ha muerto?

Me encogí de hombros; ignoraba quién había muerto. Felipe to-
do misterioso susurró tétrico: —¡Don Celso!

A mí por todo comentario se me ocurrió decir: —Entonces se
acabaron las clases.

Felipe hizo un mohín despreciativo con sus labios y corrió a co-
municar la mala nueva a mis padres.

Después de quedar solo me pesó la frase. Por aquel entonces con
mis trece años, yo era un muchacho con menos sentido común del
que generalmente tienen los chicos de esta edad. Yo no tenía ani-
mosidad contra D. Celso, mi buen maestro, no la tenía con nadie.
Me había presentado ¡tres veces...! al examen de ingreso en el Insti-
tuto de Cáceres y tres veces había recibido sendos suspensos y todo
por culpa de mi obstinada aversión hacia los estudios.

Nueve años tendría cuando logré conocer las letras y leer de co-
rrido; escribir, a los trece años no lo hacía más que regularmente y
aún esto debía agradecerse a la bondad y sufrida paciencia de don
Celso. De no ser por él jamás hubiera aprendido a leer ni escribir.
Este juicio que ahora me hacía me era imposible reconocerlo
entonces.

¡Pobre D. Celso! Me parece ahora al recordarlo, verle como era en
vida; enteco, diminuto, de cara huesuda, verdi-negra con un guarda-
polvos caqui, amplio, lleno de manchas descoloridas por la lejía.
¡Pobre D. Celso, con qué afán trabajaba para hacerme aprender lo
indispensable! ¡Cómo sufría con mis suspensos y mi falta de aplica-
ción! A Felipe le adoraba. Era mi hermano un modelo de alumno,
dos años menor que yo; el juicio que a mí me faltaba lo tenía de ex-
ceso él. Por su comportamiento y atención D. Celso le prodigaba
toda clase de distinciones. A mí me lo ponía de modelo: —Aprende
de Felipe, más chico que tú y tiene aprobado el examen de ingreso.

Yo en cambio con el último suspenso llevaba tres. Mi padre can-
sado ya de mis desvíos había dispuesto que el próximo suspenso de
Septiembre fuera el hito final de mis estudios. D. Celso que prepa-
raba a Felipe de algunas asignaturas del primer curso hacia esfuer-